donde con brazo fuerte y poderoso puede atraer los hombres á su Dios. Hay otra razón no menos convincente de esta admirable harmonía entre las dos maternidades, y es que con esta maravillosa traza del Criador, no sólo son los hombres suavemente atraídos al amor de este Corazón maternal, sino que también, transcendiendo los límites del amor criado, transfórmanse nuestros corazones en esa fragua divina, en ese Corazón ardentísimo que, por amar con amor de madre al mismo Dios, despide por doquier torrentes de amorosas llamas, capaces de abrasar al mundo entero. De esta suerte, del amor de la criatura más grande y bella pasamos sin violencia alguna, antes bien con suma naturalidad é inefable orden, al amor del Supremo Hacedor, nuestro principio y nuestro fin.

¡Oh puente de soberana grandeza, que mides la distancia entre Dios y el hombre! ¿Cuándo ensanchaste tus infinitas arcadas y levantaste á lo alto tus columnas? No ciertamente en otra ocasión que en aquella que la Iglesia canta entusiasmada, como saliendo fuera de sí y rindiendo tributo de admiración á tu grandeza: *Quia quem coeli capere non poterant tuo gremio contulisti.* Cuando apretaste la inmensidad y redujiste á términos lo ilimitado, las genenera-ciones te aclamaron á una voz por su medianera y te saludaron como á puente lanzado entre Dios y los hombres. Fué tu Corazón, al ser constituído Corazón de Madre divina, anillo de oro que unió con vínculo de eterno amor nuestro corazón terrestre al Corazón de Dios. Sale negra por el humo de las im-

perfecciones la llama de nuestro pecho; pero al llegar á esa región purísima de tu Corazón inmaculado se vuelve resplandeciente y clara, y llega á Dios en olor de suavidad.

Con cuánta propiedad esté sintetizada en su Corazón esta virtud atractiva de María, dedúcese ya claramente de lo que llevamos dicho anteriormente. Primeramente, porque nadie duda que la fuerza atractiva de la mujer está en el corazón; todos sus hechizos del corazón salen, y en el corazón terminan. Y lo que en las demás mujeres suele apartar de Dios, en María, por su virginal pureza, nos aproxima á este mismo Dios. En segundo lugar porque nos atrae con amor de madre, y sabido es que todo el encanto de la madre está en el corazón. Últimamente, porque con su amor de Madre divina transforma nuestro amor y nos lleva á Dios; y es á todas luces evidente que el corazón es el símbolo más adecuado de este tan subido y acendrado amor. Considérese, pues, á María como se quiera, en estos tres oficios principalísimos suyos que desempeña, según que la comparemos con el orden natural, de la gracia ó hipostático, siempre se hallará su Corazón como principalísimo centro de estas grandes relaciones y como principio de unidad que las enlaza á todas. Y fué, sin duda, providencia especialísima del Señor que no se nos manifestara este magnífico centro de las grandezas de María hasta estos últimos siglos, cuando, desbordado ya completamente el amor por las criaturas, era necesaria una inmensa fuerza de atrac-

ción para encauzarlo de nuevo y dirigirlo hacia Dios.

Vese ahora claro, cuanto es dable á la humana inteligencia, el plan de Dios respecto de María y el modo sublime con que se enlaza su Corazón á los principales fines para que la ideó en su sabia Providencia. El Corazón de María en el plan divino representa nada menos que una de las dos fuerzas con que rige al mundo, fuerza en el actual orden de cosas quizá más poderosa que aquella con que Dios mueve y da impulso á todos los seres. No que Dios no alcance con su virtud infinita á mover y atraer hacia sí por modo sobrexcelente todas las cosas, inclusa la voluntad del hombre, sino que su virtud infinita, en lo que tiene de atractivo, parece habérsela comunicado al Corazón de María; de suerte que á los ojos de los hombres, éste y no otro apareciera como el inmediato centro de atracción donde convergieran todos los corazones de los mortales. En realidad, la virtud del Corazón de María no es otra que la virtud del mismo Dios, el cual, para adaptarse más á la naturaleza del hombre, quiso transformarla y hacerla sensible en el corazón de una mujer doblemente madre; y así, todo vuelve á la suprema unidad del ser perfectísimo y simplicísimo, haciendo ver por otra parte, en la variedad y harmonía de los medios, la sabiduría inefable con que procede á la aplicación de su virtud infinita.

FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE MARÍA

La condesa Nadina tenía una hija, objeto de todos sus afectos después de la pérdida de su marido, muerto algunos años antes. Al deseo de su hija sacrificó en un instante las antipatías de toda su vida por la raza canina: hubo de ceder á las repetidas instancias de su querida Olga comprándole un perrito blanco, á quien puso por nombre *Monjich*. No tardó en ser aquel fiel animalito el compañero inseparable de la niña Olga, no sin recelo de la previsora Condesa, que al fin, arrepentida de su condescendencia, resolvió hacer una separación definitiva con pretexto de la Exposición universal que acababa de abrirse en París y de la imposibilidad de llevarlo en el viaje.

Llegó el día de la partida de San Petersburgo, y ya se hallaban en el coche, cuando Olga, no viendo á su *Monjich*, pidió licencia á su madre para ir á darle la despedida.

— ¡*Monjich*, *Monjich*!, — gritaba la niña cruzando salas y corredores; pero el perrito, antes tan dócil á la voz de la tierna ama, no parecía; se hallaba inmóvil y cabizbajo debajo de una cama. Visto por Olga, trató de sacarlo fuera cogiéndolo de una pata; pero *Monjich*, dando un ronco aullido, clavó sus dientes en la mano de la niña, que, yerta de terror, no sabía cómo explicarse la mudanza tan brusca de su perrito. Sin embargo, fué á unirse con su madre, guardando silencio sobre lo ocurrido.

Tres semanas habían pasado en París, cuando recibió la Condesa una carta de su viejo mayordomo anunciándole que acababa de fallecer el cochero, víctima de un ataque de hidrofobia, y añadía sus temores de que *Monjich* hubiera sido el causante de tan funesta enfermedad.

A la lectura de tan inesperada desgracia se agolparon un mar de reflexiones y zozobras en el corazón de la Condesa, que al fin supo la mordedura de *Monjich* á su amada Olga.

— ¿Será posible, — se decía, — que estuviera ya hidrófobo el perro cuando mordió á mi niña? ¿Le habrá inoculado también la rabia?

Sólo una madre podría medir la intensidad del dolor de la Condesa cuando al poco tiempo se realizaron estos tristes presentimientos.

Un día, al volver de un paseo algo largo, Olga se sintió fatigada; dejóse caer en un sillón, y como quedaba inmóvil y pálida, al instante comprendió la madre que había caído en algún desmayo. Azorada, envió á buscar al médico. Cuando llegó éste, Olga estaba delirando, y una fiebre intensa la devoraba. El doctor, puesto al tanto de la situacion, no dió su dictamen; mas sus movimientos de cabeza y sus respuestas ambiguas dieron luego á entender á la pobre madre que el estado era grave, y que estos síntomas podían ser presagios del mal que venía temiendo.

La noche fué horrorosa; Olga se revolcaba en el lecho lanzando sordos gemidos. Luego llamaba á *Monjich* á grandes voces, después se creía perseguido por el perro y hacía esfuerzos sobrehumanos para escapar de este fantasma. Cerca del lecho, y traspasada de dolor, la Condesa asistía impotente á la agonía de su hija.

Por la mañana volvió el médico. Era éste un viejo práctico, tan sabio como modesto, tan buen cristiano como sabio.

— Señora, — le dijo, — creed á mi antigua experiencia; si he de hablar con propiedad, ningún caso es desesperado, porque donde la ciencia humana es impotente queda siempre el socorro divino, y este socorro no falta jamás á los que lo suplican con confianza. ¿Es Ud. católica?

— No, — dijo la Condesa, que, huérfana en su infancia, había sido educada sin religión por personas indiferentes, y confesó al anciano doctor que no creía en nada.

— Tanto peor, — replicó el médico, — pues no puedo ocultarle que, sin milagro, su hija de Ud. no puede sanar, y no conozco para hacer verdaderos milagros sino al Dios de los cristianos. Sólo Él puede hacer uno en esta ocasión, y no sería el primero que yo presenciase.

Después se retiró, dejando á la Condesa con el corazón lleno de angustias. ¡Un milagro! A todo trance hacía falta uno; el doctor había hablado de milagros como de una cosa muy natural ¿Sería, pues, cierto que en pleno siglo XIX se obraban milagros todavía? En otro tiempo esta idea hubiera hecho asomar una irónica sonrisa á los labios de la incrédula

Condesa; mas ahora, lejos de burlarse, buscaba en su memoria, uno de esos santuarios famosos donde Dios prodiga favores y á los que hizo célebres el número de gracias obtenidas.

Cabalmente algunos días antes, visitando los monumentos de París, la suerte le había conducido á la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias. Tenía aún ante los ojos el inolvidable espectáculo de ese templo, demasiado estrecho para los fieles que en él oraban arrodillados, y de esos millares de velas que iluminaban paredes tapitadas de exvotos. Su resolución estuvo bien pronto tomada. También ella quería obtener un milagro tan necesario, é iba á probar el poder del Dios de los cristianos, que el doctor tanto había celebrado, poniendo por intercesora á la santísima Virgen bajo la advocación de su Corazón inmaculado.

Dejando á Olga confiada á los cuidados de su aya, la Condesa bajó con precipitación, subió al primer coche de punto que halló, y algunos minutos después entraba ya en la iglesia.

Entonces, con una fe digna de los antiguos siglos, fué en derechura al altar del inmaculado Corazón de María, y postrándose en las losas, sin hacer caso del polvo ni de la gente que la miraba, oró, no con los labios, sino en lo secreto del corazón. Preces no sabía, pero dirigiéndose á Dios con franqueza y sencillez, cual niña que habla con su padre, hizo voto de abrazar, juntamente con Olga, la Religión católica si su hija volvía á la vida. Largo rato permaneció arrodilla-

da; cuando se levantó había cobrado ánimo, y volvió á tomar casi alegre el camino de la fonda. El estado de Olga era siempre el mismo; sin embargo, no había empeorado, y el médico, que volvió por la tarde, se mostró menos inquieto. Pasó bien la noche contra toda esperanza, y cuando por la mañana la Condesa, que esperaba el momento en que despertaría su hija, pudo contemplar el rostro de Olga á la luz del día, vió en él gozosa presagio cierto de pronta curación. El Corazón inmaculado de María había escuchado su plegaria, y su hija estaba sana.

La Condesa cumplió lo prometido; quiso bautizarse con Olga en la misma iglesia en que su voto había obtenido la curación tan deseada. Ahora ha vuelto á Rusia, en donde edifica hasta á los incrédulos por su ferviente piedad é inagotable caridad.